



Colección: Traza - 9

TEMPLARIOS EN LAS TIERRAS DEL EBRO



JESÚS ÁVILA GRANADOS

ediciones
Lectio





Primera edición: noviembre del 2009

Edita: Lectio Ediciones
C/ de la Violeta, 6 - 43800 VALLS
Tel. 977 60 25 91
Fax 977 61 43 57
lectio@lectio.es
www.lectio.es

© Jesús Ávila Granados
jesusavilagranados@hotmail.com / www.jag.es.vg

© Lectio Ediciones

Diseño y composición: Imatge-9, SL

Impresión: Tesys

ISBN: 978-84-96754-39-3

Depósito legal: B-41.297-2009





A los últimos caballeros templarios de Miravet, quienes, con la mayor valentía, lucharon por la defensa de un ideal de vida y unas libertades ejemplares en el mundo medieval de comienzos del siglo XIV.

“Parece que el afán de don Jaime no era para menos. Mientras aquellos estaban en Alcañiz, dos galeras del Temple se adentraban por el ancho alfaque del Ebro buscando el pequeño puerto fluvial de Tortosa. Allí permanecían impacientes a la espera el Maestre de Aragón junto a los comendadores de Miravet, Orta y Tortosa. Más arriba, se divisaban el grueso de caballeros y auxiliares que desde la Zuda bajaban en desorden hacia la Catedral. En el mismo atrio, el Comendador Hospitalario de Amposta y Berenguer de Castellbisbal, asistente de don Ponce, el obispo de Tortosa...”.

Los talismanes del Rey
CHEMA FERRER







Índice



PRÓLOGO, por Jaume Coll Conesa	9
INTRODUCCIÓN	11
La Orden del Temple.....	12
La estructura de la Orden	18
Los santos templarios	19
Templarios en las Tierras del Ebro	23
La Ruta Jacobea del Ebro.....	27
Simbología para seguir las etapas del libro	32
Ruta 1. CATALUÑA.....	33
Baix Ebre.....	34
Benifallet.....	35
Vírgenes negras	36
Campredó	38
Tivenys.....	39
Tortosa	41
El <i>pentaklion</i>	44
Montsià.....	49
Alcanar.....	50
La Galera.....	51
Godall	53
La Sénia	55
Ribera d'Ebre	58
Ascó	59
El octógono.....	61
Benissanet	65
Flix.....	67
Garcia	68
Piedras sagradas	70
Ginestar	71
El <i>yin-yang</i>	72
Miravet	74
El Santo Grial.....	78





Móra d'Ebre.....	80
Rasquera.....	82
Riba-roja d'Ebre.....	84
La cruz de ocho beatitudes	85
La Torre de l'Espanyol.....	87
Vinebre	88
Terra Alta	91
Arnes.....	92
Batea.....	94
El laberinto.....	95
Bot.....	97
Caseres	98
Corbera de Terra Alta.....	101
El cuervo	101
La Fatarella.....	103
El Baphomet	104
Gandesa	107
La Escuela Románica de Lérida	109
Horta de Sant Joan.....	111
El número nueve	118
El Pinell de Brai	120
La Pobla de Massaluca.....	122
Prat de Comte.....	124
Vilalba dels Arcs.....	126
El juego de la oca.....	128
Ruta 2. ARAGÓN	129
El Matarraña	130
Beceite.....	131
El culto a las aguas subterráneas.....	133
Calaceite.....	134
Cretas.....	136
El mito del pelícano	138
Fuentespalda	140
La Fresneda	142
El árbol sagrado.....	143
Ráfales.....	147
Símbolos eróticos	149
Torre de Arcas	150
Capillas funerarias	151





Valderrobres	153
El triángulo equilátero	155
Valjunquera	157
Ruta 3. PAÍS VALENCIANO	159
El Maestrazgo histórico	160
Les Coves de Vinromà	160
Sant Mateu	161
La alquimia	162
El catarismo	165
Ruta 4. LOS CASTILLOS TEMPLARIOS	167
Monzón	168
Gardeny	169
La Tau	171
Miravet	172
La Zuda	173
Peñíscola	175
CRONOLOGÍA GENERAL	177
Los grandes maestros	179
Maestros templarios del Reino de Aragón	180
GLOSARIO DE TÉRMINOS	181
BIBLIOGRAFÍA	187
DIRECCIONES DE INTERÉS	190
AGRADECIMIENTOS	191





Sacas con la cruz *pattée*, en el torreón del Temple, de Castellote.





Prólogo



Tenemos en nuestras manos un libro de historia, de viaje, de conocimiento, de misterio... **Jesús Ávila Granados** nos traslada con él a un lejano período de nuestra historia y a territorios que esconden secretos. Se trata de un recorrido sugerente por un pedazo de la geografía templaria, de la Orden de los Pobres Caballeros de Cristo y del Templo de Salomón, maldita y enterrada, sobre la cual se ha tendido un tupido velo de olvido, no sólo por los siglos sino por la insidia de los que deseaban que se perdiese su memoria y trabajaron intensamente para borrarla. **Jesús Ávila** ha realizado un trabajo paciente, casi policíaco, para descubrir las escasas evidencias, ocultas pero aún persistentes, de la existencia de la Orden en uno de los dominios en los que los Templarios tuvieron una importante base de operaciones. Así nos habla de los castillos, de las ciudades y de su organización, de la vida cotidiana bajo la Orden templaria, y también de sus secretos vinculados a las prácticas de sus magos, grandes conocedores de la ciencia antigua, de los avances de la cultura clásica y musulmana, y también herederos de prácticas esotéricas, elementos que ofrecieron a la cristiandad como brazo armado al servicio de Dios con la elevada misión de mantener los testimonios de la presencia de Cristo en Tierra Santa.

Hoy nos puede parecer que sus ideales eran fútiles, pero en el ambiente medieval y con la visión del mundo imperante entonces, en donde las creencias religiosas eran la única justificación de la vida de los hombres, su entrega debe ser admirada. El templario venía a ser como el caballero perfecto, según los ideales de la orden de caballería que habían expresado el obispo de Lisieux **Étienne de Fougères** en su obra *Livre des manières*, escrita entre 1170 y 1180, o **Juan de Salisbury**. Para tales eruditos, el caballero debía servir a la Iglesia y, por ello, el oficio de las armas que detentaban había sido instituido por Dios. Los templarios no sólo servían a Dios con su plena dedicación a las armas, sino que además renunciaban a todo lo mundano al adoptar la regla del Císter. Así encarnaban una figura que sólo encontró refrendo —con distancia— en el literario caballero **Perceval**, custodio del Santo Grial que se entregó a esta sagrada misión por toda la eternidad...

El libro recorre con detalle los rincones de las poblaciones templarias de las feraces Tierras del Ebro, en su curso inferior. En esta interesante obra no sólo se describe la singularidad de un paisaje, o se comenta el porqué de ciertos nombres, de ciertas costumbres o de ciertos ritos que se pierden en la noche de los tiempos. Más allá de eso, se convierte sin duda en un indispensable compañero de viaje que nos desvela ocultos secretos y nos trasmite el goce de conocer aquello que todos han olvidado. Viajar es conocer y la necesaria pausa del viaje, que permite su completo disfrute, encontrará como compañero indispensable este fascinante libro que





nos abre las puertas a un enigmático y sugerente mundo. Su lectura nos hace sentir a nuestro lado al mejor acompañante que podemos tener: su autor. Porque **Jesús Ávila** es un profundo conocedor de saberes y de misterios gratificantes que abarcan desde la historia hasta la agricultura, la gastronomía o las tradiciones, la vida cotidiana de tiempos pasados o las claves ocultas de los grandes eventos históricos. Su curiosidad se extiende por todas las facetas de la vida que percibe con su mirada inquieta pero atenta, con su abierta mente, siempre insatisfecha por el ansia de saber. Pero lo mejor es que no sólo sabe desenterrar secretos, sino que además sabe también verterlos sobre páginas para que otros podamos seguir sus pasos y conocer todo lo que ha podido descubrir, entregándonoslo con generosidad y prosa fluida, de amena lectura.

Para mí es un honor y un placer, al mismo tiempo, que el entrañable amigo **Jesús** haya confiado en mí para escribir este prólogo, y en especial en este libro que desvela tantos aspectos esenciales para comprender algo del ser profundo de un territorio clave en la historia de nuestro país. Un territorio que, todavía hoy, es objeto de polémicas por tantas y tantas cosas. Un territorio bisagra en el espacio y bisagra en el tiempo que debe servir para unir, como sirvieron las barcazas en el paso de Miravet, y no para separar, como sirvió en los últimos momentos de pervivencia del gobierno legítimo en nuestra última guerra que estamos condenados a jamás olvidar para no repetir.

Espero que con estas palabras haya conseguido el objetivo formal de todo prologuista, que no es otro sino el de alentar, o casi mejor incitar, y en este caso urgir, a la lectura del libro que presenta. Si lo he conseguido, me siento satisfecho en mi orgullo propio, pero espero que sea el lector quien se sienta recompensado como yo me he sentido por la lectura previa del manuscrito que me ha proporcionado su autor y, especialmente, por su confianza.

Jaume Coll Conesa

Director del Museo Nacional de Cerámica de Valencia

Malva-rosa de Corint

Septiembre de dos mil ocho





INTRODUCCIÓN



Caño de una fuente en Sant Mateu, que evoca al Baphomet templario.





Introducción



Tras la desmembración del Imperio carolingio, surge el concepto de Europa, como entidad social, cultural y política. Las ciudades (burgos) se fragmentan en barrios (arrabales), en los cuales se instalan diferentes gremios que se convertirán en motores económicos de las poblaciones.

La península Ibérica no fue diferente al resto del mundo occidental, aunque sí mucho más rica en contrastes, por la diversidad cultural de las tres religiones (cristianos, judíos y musulmanes); como lo confirmaron los grandes logros alcanzados por la Escuela de Traductores de Toledo, y que, años después, pudo llevarse a cabo en numerosas de nuestras ciudades gracias, en parte, a la labor de árbitros que ejercieron los caballeros de la Orden del Temple, antes de que la negra y larga sombra de la Inquisición rompiera esa tolerancia y respeto entre las culturas. Y es en ese momento (siglos XII y XIII) cuando los oficios alcanzaron los mejores niveles, haciendo más grande la fama y prestigio de la ciudad; sin olvidarnos del nacimiento de las universidades, de las construcciones de las grandes catedrales, de la consolidación de las vías comerciales —tanto terrestres, como marítimas y fluviales— y la potenciación de los caminos de peregrinación a la ciudad de Santiago; en este último, como veremos a continuación, tuvo un destacado papel la vía del Ebro, en su trazado más inferior, en cuya

promoción y logística también intervinieron los templarios.

Hoy, casi un milenio después, en los mercados y ferias de nuestras ciudades medievales, volvemos a respirar los genuinos aromas a especias exóticas, licores, plantas aromáticas, miel y toda clase de productos artesanales, mientras que los trapezistas, saltimbanquis, magos, músicos, trovadores, alquimistas, brujos y encantadores de serpientes nos ayudan a recordar que estas manifestaciones siguen vivas en nuestros días, en ellas subyace una parte importante de nuestras raíces más profundas.

LA ORDEN DEL TEMPLE

Durante 196 años —de 1118 a 1314—, los templarios fueron los grandes protagonistas del mundo medieval. Su nacimiento se remonta a la I Cruzada, y el final, a la muerte en la hoguera del último gran maestre, **Jacques Bernard de Molay**. Estos singulares caballeros, caracterizados por su disciplina, inteligencia, sobriedad, difusores de los valores más profundos del conocimiento, amantes de la cultura, el respeto entre civilizaciones y defensores de los segmentos más oprimidos de la sociedad, fueron conocidos también como Orden de los Pobres Caballeros de Cristo y del Templo de Salomón. Los templarios se convirtieron en la fuerza motriz y cultural más importante de su tiempo.





Momento en que san Bernardo entrega a Hugues de Payns, primer maestre del Temple, los estatutos de la Orden. Ermita de San Bernardo, de Torre de Arcas.

Al frente de aquel ejemplar colectivo de tan solo nueve caballeros, san **Bernardo** situó a **Hugues de Payns**; es preciso recordar que ninguno de ellos estaba vinculado con la Iglesia. Se trataba, sin embargo, de una extraña mezcla entre soldados y monjes. A esta nueva milicia se le encomendó la difícil tarea de garantizar la seguridad de los innumerables peregrinos que, desde todos los puntos de la Cristiandad occidental, emprendían el arriesgado viaje a Tierra Santa, por mar y tierra, hasta alcanzar la ciudad tres veces santa de Jerusalén.

Su desarrollo inicial fue tan rápido que sólo una década después, a finales de 1128, tras haber permanecido sus nueve caballeros en las entrañas de la antigua mezquita de al-Aqsa, levantada sobre los cimientos del segundo Templo de Salomón —de ahí proviene el nombre de “templarios”—, nutriéndose de todas las corrientes socio-culturales, filosóficas y científicas del mundo, en la encrucijada entre Oriente y Occidente, recibiría el espaldarazo oficial de la Iglesia, en el concilio celebrado en Troyes (Francia) en enero de 1129. El pontífice **Honorio II**

y san **Esteban**, patriarca de Jerusalén, prescribieron la Regla del Císter. Los caballeros, a cambio, debían en ese mismo momento hacer votos de castidad, pobreza y obediencia, y tenían la obligación de comulgar y dar limosna a los pobres tres veces al día. Estos votos, dispensados por la Santa Sede, incentivaron que los templarios se convirtiesen en verdaderos monjes y en una orden religiosa plena. El cuarto voto iba ligado a las Cruzadas y les otorgaba el carácter de militares. Europa entera, y todo el mundo occidental, se vería beneficiada, en todos los sentidos, con la llegada en escena de esta novedosa fuerza religioso-militar.

¿Pero, cómo era la vida de un templario? Junto a los votos tradicionales del religioso, se sumaban la obediencia plena al Papa. Vestían túnicas y capas de color blanco (“seguridad de valor y salud del cuerpo”) con una cruz potenziada roja entre la parte izquierda del pecho y el hombro, distintivo de la Orden. Sus armas eran: espada, daga, cuchillo para la comida y cortaplumas. La Orden entregaba a cada miembro, tras haber pasado la “vela de armas”: caballo, cota





de mallas, esclavina (sobrecota blanca con una cruz griega roja); en el combate llevaban armadura bajo el hábito; no abandonaban nunca a un compañero en la batalla, ni debían rehusar el combate, aunque el enemigo fuese tres veces superior; si caían prisioneros no podían ser rescatados (“ni un céntimo, ni un tapiz, ni una pulgada de tierra” habría de abonarse). El aspecto físico del templario se caracterizaba por su barba poblada y cabeza rasurada. Los templarios vivían la disciplina castrense, la oración diaria (rezaban las horas canónicas) y la confesión pública. Se les obligaba, además de apoyar a los necesitados, a tener una comida austera, de rápida digestión y con mesa común, tener lecturas espirituales, llevar escasa conversación y tener prohibida la caza. Honraban al mejor, no al más noble. Cuando morían, se les sepultaba en fosa sin ataúd, dejando el cadáver boca abajo; al tiempo que se les colocaba en la mano, o dentro de la boca, unas monedas

para que, en el Más Allá, pagar el viaje a Caronte, el marino que les llevaría a través del mítico lago de fuego Estigia hacia el paraíso. Los templarios tenían tres colores fundamentales: blanco (es lo inverso a la sombra; la unión completa de todos los colores del espectro de la luz y símbolo, al mismo tiempo, de la inocencia); negro (representa el valor simbólico de lo absoluto, para la psicología profunda es el color del completo inconsciente), y rojo (símbolo de la vida eterna, que, a su vez, otorga el conocimiento de todo lo sagrado y secreto; es la energía).

Fue, precisamente, esa doble condición, la de militares y religiosos, la que les empujó a crear una amplia red de suministros por los territorios de la España cristiana. Esto es de suma importancia, ya que esta red de avituallamiento se correspondía con centros de producción gestionados que se llamaban “encomiendas”, verdaderas factorías, capaces de generar riqueza de primera necesidad. Los



Copia del libro sobre la Regla de los Pobres Caballeros de Cristo, conservada en el castillo de Gardeny, Lérida.





templarios no tardarían en alcanzar un poderío sin precedentes en el mundo medieval, tanto militar como económico, por su capacidad de trabajo y la seriedad en los proyectos, y también por la protección de papas y reyes y las cuantiosas donaciones recibidas. La Orden del Temple, rica, poderosa e independiente, se convertiría en una organización multinacional que escapaba a las jurisdicciones tanto civiles como eclesiásticas. El mismo **Ramón Berenguer III**, en 1130, no dudaría en donar al Temple la plaza de Granyena (Segarra, Lérida); y al año siguiente, este conde barcelonés juraría los preceptos de la Orden, haciéndose templario. Dos años después, los templarios construían su primera fortaleza, en Barberà de la Conca (Conca de Barberà, Tarragona).

En 1134, el monarca aragonés **Alfonso I** el Batallador moría sin dejar descendencia, legando en testamento instrucciones para que todo su reino fuera repartido entre templarios y hospitalarios; sin embargo, ni la Iglesia ni los representantes de la alta nobleza aprobarían dicho documento, a pesar de haber sido decisión de sus últimas voluntades. Nueve años después, una carta de la reina de Aragón, **Petronila**, concedía a la Orden del Temple la quinta parte de los territorios conquistados a *al-Andalus*.

En el colectivo humano del Temple había guerreros, freires, servidores y magos; estos últimos, que suponían aproximadamente entre el 4 y 5% de todo el contingente humano templario, constituían el poder decisorio e intelectual de la Orden; los únicos conocedores de lo esotérico, de los

ritos iniciáticos; fueron también buenos médicos, alquimistas, matemáticos, constructores, ingenieros, etc. Sabemos que uno de estos médicos sanó a **Ramón Llull** —el *Doctor Iluminado*—, en la isla de Chipre, cuando, durante la travesía que le llevara de la ciudad de Palma a Tierra Santa, en 1305, fue envenenado por sus propios servidores, sobornados por el pontífice **Clemente V**. Los templarios recuperaron el culto a la Virgen María, también instauraron el de santa Ana —la madre de la Madre—, potenciaron la concepción del número de oro en las construcciones sagradas, fomentaron el libre comercio, crearon la letra de cambio y protegieron a los peregrinos a los grandes centros de romería de la Cristiandad (Jerusalén, Roma, Santiago y Rocamadour), en forma de certificados de vida, fundación de hospitales, creación de hospederías y la potenciación de la enseñanza a nivel general de la sociedad; por no decir de la creación de nuevas rutas comerciales, tanto terrestres como marítimas, y de la construcción de las grandes catedrales, que no se hubiesen podido llevar a cabo en una Europa en penuria, a no ser por las aportaciones de las riquezas traídas de ultramar. Mucho le debe, por tanto, la sociedad medieval al Temple, en todos los sentidos, y nunca le habremos reconocido lo suficiente cuanto estos caballeros hicieron por el desarrollo de la cultura, la ciencia y la economía del viejo continente.

En 1172, los templarios quedaban libres de cualquier jurisdicción episcopal; y esto se convertiría en uno de los grandes problemas que, con el tiempo, se irían agudizando, al depender única y exclusi-





vamente de dos poderes: del Papa y del Maestre (Gran Maestre); este último, residente casi siempre en Jerusalén.

La transformación que llevaron a cabo en las construcciones románicas, adaptándolas al gótico inicial (cisterciense); la intervención directa o indirecta en 70 catedrales, para lo cual protegieron a un amplio abanico de artesanos (canteros, albañiles, pintores, caldereros, carpinteros, etc.); además de armar su propia flota, tanto de mar como fluvial, posibilitando, al mismo tiempo, la apertura de innumerables rutas comerciales tanto en el Mediterráneo como en el Atlántico; son algunas de las grandes gestas protagonizadas por los templarios. Además, durante esos dos siglos, los caballeros desarrollaron un gran impulso cultural y científico. En el seno de una vida silenciosa, dedicada al estudio y perfección de la vida espiritual, tanto individual como colectiva, cuyas consecuencias se conocen a través de las diversas obras y trabajos que los eruditos reconocen como una seria contribución a la base cultural de la humanidad.

En datos globales, se calcula que la Orden llegó a tener una renta anual de cincuenta millones de francos a mediados del siglo XIII; suma que, gracias a la invención de la letra de cambio, ascendería a finales de esa centuria al equivalente actual de unos dos millones y medio de libras esterlinas, superior al de cualquier estado europeo de nuestros días; en cuanto a la dotación, eran unos 40.000 los miembros que entonces componían el Temple. Los templarios se habían convertido en banqueros de papas, emperadores, reyes y altos miem-

bros de la nobleza, apareciendo como un estado dentro del Estado y como una iglesia dentro de la Iglesia. Un crecimiento económico impresionante, que no tardaría en levantar el recelo, la codicia y las envidias, de monarcas, emperadores, nobles y señores feudales; ni la Iglesia estaba libre de esta enfermedad.

La situación se complicó cuando, en 1306, **Jacques Bernard de Molay**, reclamado por **Felipe IV** el Hermoso, llegó a la ciudad de París, procedente de Tierra Santa, al frente de un séquito de quince mil caballeros y portando un inmenso tesoro de 150.000 florines de oro y diez mulas cargadas de plata. El monarca francés no pudo disimular su envidia y analizó con preocupación el elevado endeudamiento que tenía con el Temple. Por tal motivo, no perdió oportunidad de amenazar al pontífice **Clemente V**, que en el año 1307 se encontraba "cautivo y doméstico" en la ciudad de Avignon, para que condenara a los templarios, con el chantaje de crear un Cisma en el seno de la Iglesia.

La madrugada del viernes 13 de octubre de aquel año se promulgó la detención masiva de los caballeros del Temple, con la aprobación de **Clemente V**. Un mes antes, la escuadra templaria, fundada en el puerto de La Rochelle, en la costa atlántica francesa, que barruntó la delicada situación, levó anclas y partió hacia un rumbo desconocido.

El monarca francés encontró en **Nogaret** el personaje ideal para impulsar una confabulación y acusar a los templarios de los crímenes más infamantes. A consecuencia de ello, no tardaron los





encarcelamientos y las confesiones arrancadas mediante compra o tortura. El objetivo no dejaba la más mínima duda: confiscar sus bienes. El 21 de noviembre, el pontífice **Clemente V**, hombre de débil carácter, finalmente cede a los imperativos de **Felipe IV**, y desde Aviñón, por la bula papal *Pastorales Praemeninciae*, ordena a todos los príncipes de la Cristiandad el arresto inmediato a los templarios de sus feudos, basándose en una lista de trece cargos acusadores y cuatro delitos fundamentales: la negación de Cristo, la idolatría, la apostasía y las malas costumbres; ninguno de ellos era cierto. Significó el principio de un fin demoledor para el futuro continente; recordemos, además, que el Temple, desde la vertiente de justicia, y con un interés más que razonable (10%), supo administrar con equidad los bienes de todos los colectivos del tejido social de la España medieval (judíos, cristianos e hispano-musulmanes), permitiendo, al mismo tiempo, el diálogo intercultural y fomentando la comunicación entre las comunidades, cuestión que tanta falta hace en nuestros días.

Comenzó, entonces, una persecución selectiva no sólo hacia los caballeros, sino también a todo cuanto estuviese relacionado con el Temple. Pero si en Francia las encomiendas se entregaron sin desnudar las armas, en nuestro país se vivieron momentos verdaderamente épicos y dramáticos por parte de los caballeros; uno de los casos más sobrecogedores, sin duda, tuvo lugar en las Tierras del Ebro, concretamente en la plaza de Miravet, como veremos en las páginas de este libro.

Jacques Bernard de Molay, el último gran maestro, a la edad de 68 años, fue quemado vivo en París, frente a Notre Dame, con otros destacados miembros de la Orden, entre los cuales **Hugues de Pairaud**, **Godofredo de Gonnevill** y **Godofredo de Charney**. Cuenta la leyenda que, en la misma pira crematoria, **Jacques Bernard de Molay** proclamaría su inocencia y la de la Orden, emplazando ante el Juicio de Dios a los directores intelectuales de aquel dramático final de los caballeros más emblemáticos del mundo medieval: **Guillermo de Nogaret**, cómplice del Inquisidor General, el Papa **Clemente V** y el monarca francés **Felipe IV**; ninguno de ellos viviría un año más para contarlo. ¿Sería una maldición divina? Aquí se ponía punto final a la historia del Temple y comenzaba la leyenda.

El lema de la Orden del Temple que ha llegado a nosotros es el siguiente: *“Non Nobis Domine, Non Nobis, Sed Nomine Tuo Da Gloriam”* (“No a nosotros Señor, no a nosotros, sea toda la gloria en Tu Nombre”), frase extraída del primer versículo del Salmo 115.



Sello oficial de la Orden del Temple.

